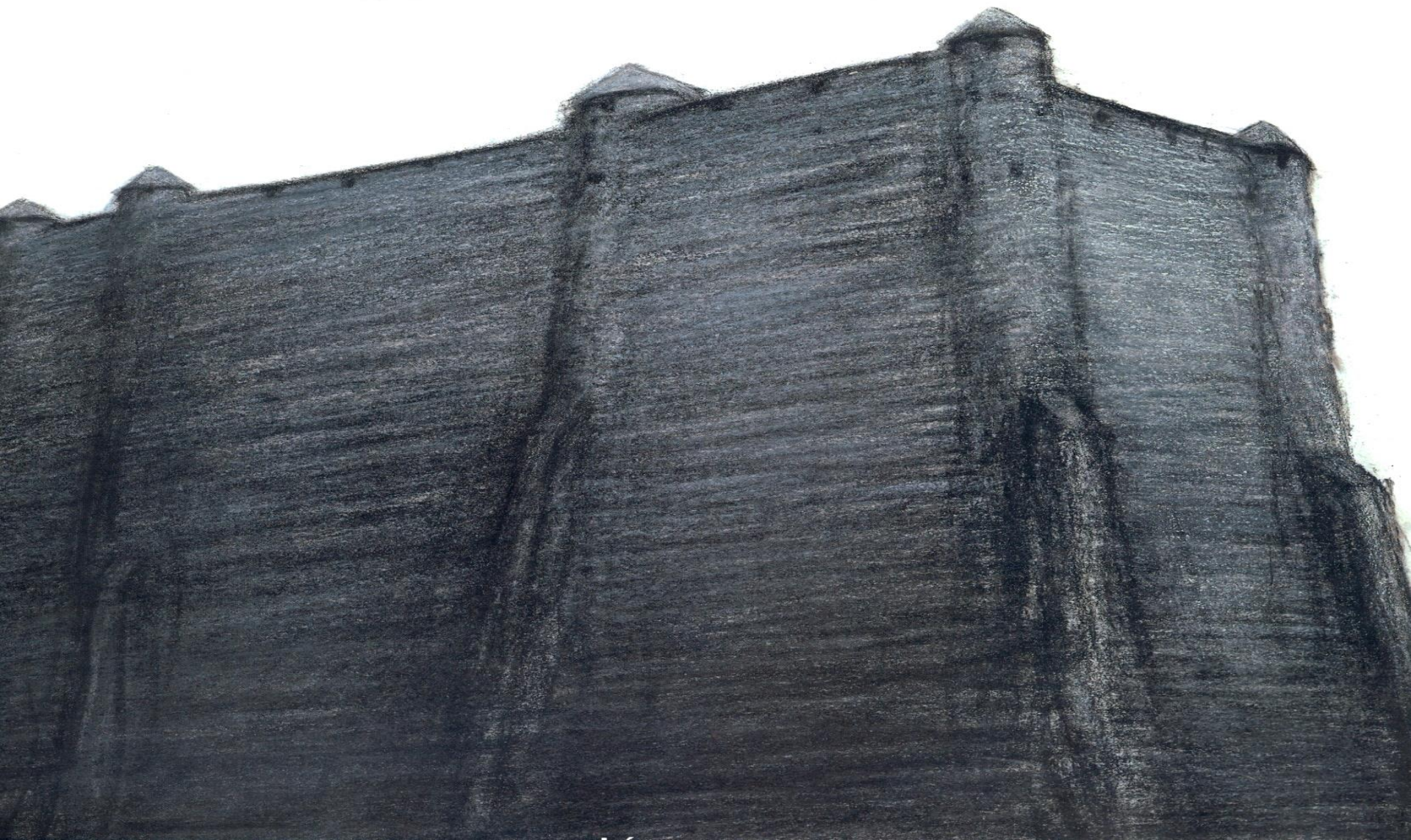


Armin Greder

LA ISLA



LA ISLA

Una historia cotidiana



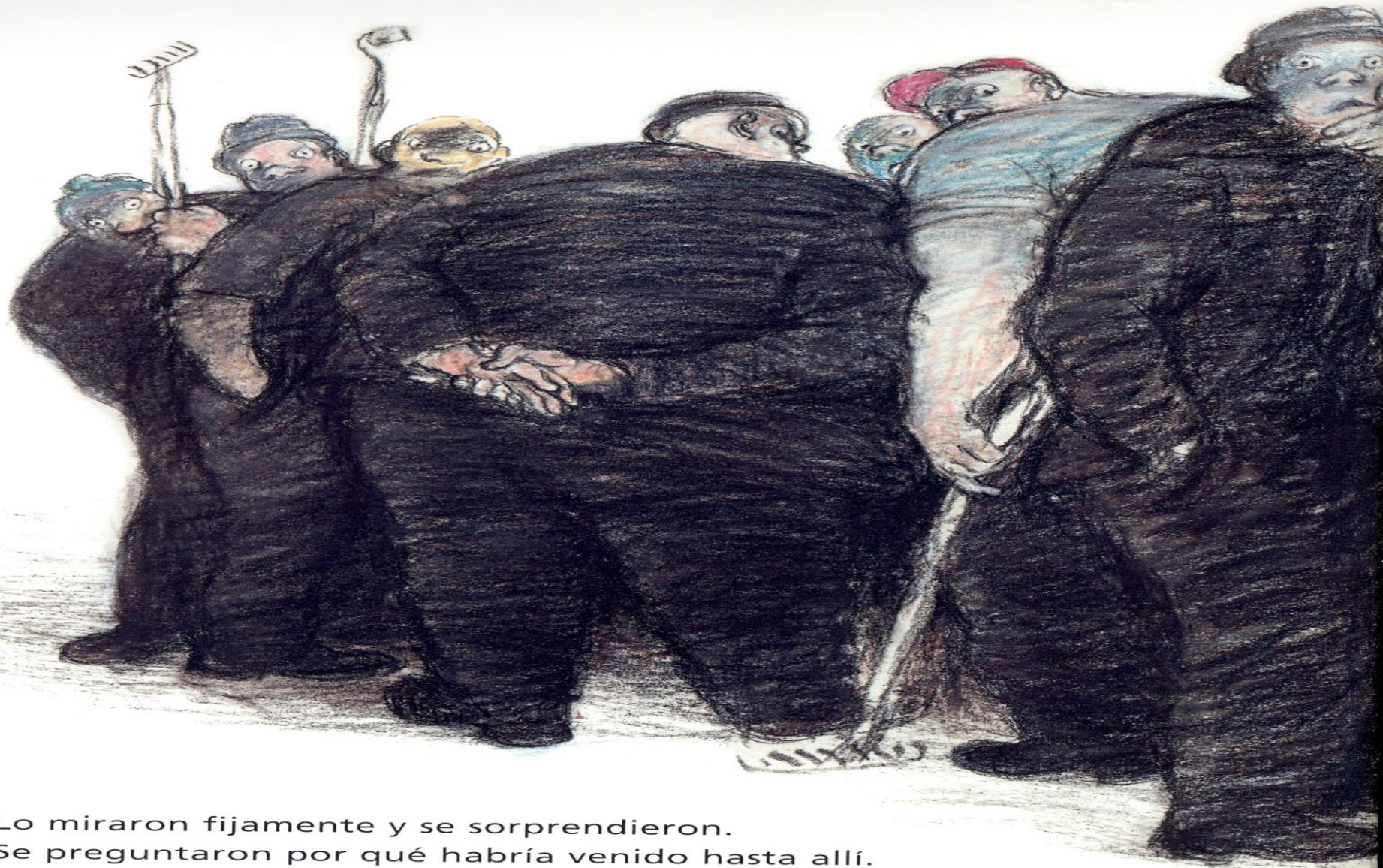
López



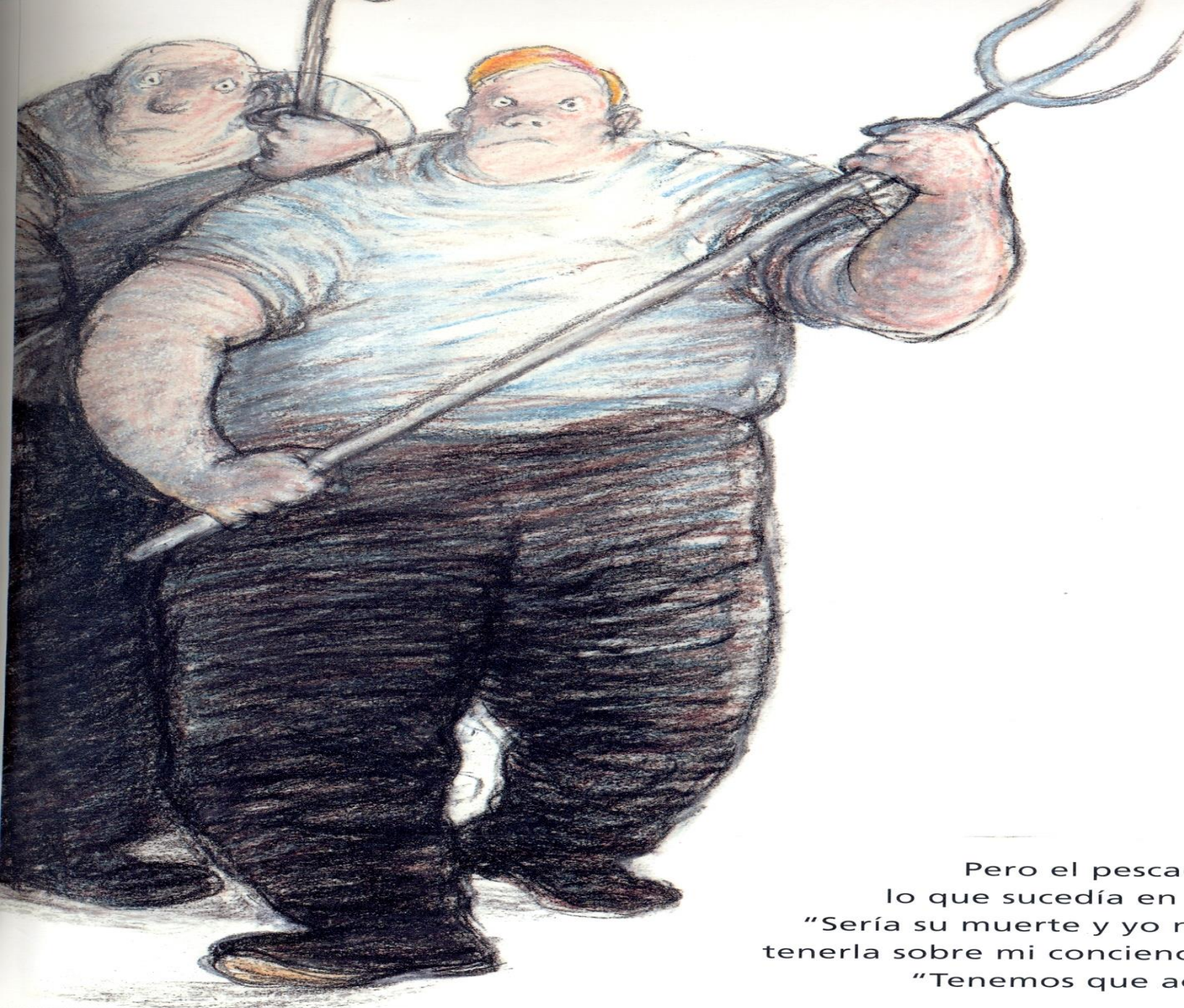
Una mañana, los habitantes de la Isla encontraron a un hombre en la playa, donde la corriente del mar y el destino habían arrastrado su balsa. Él se levantó cuando los vio acercarse.

No era como ellos.

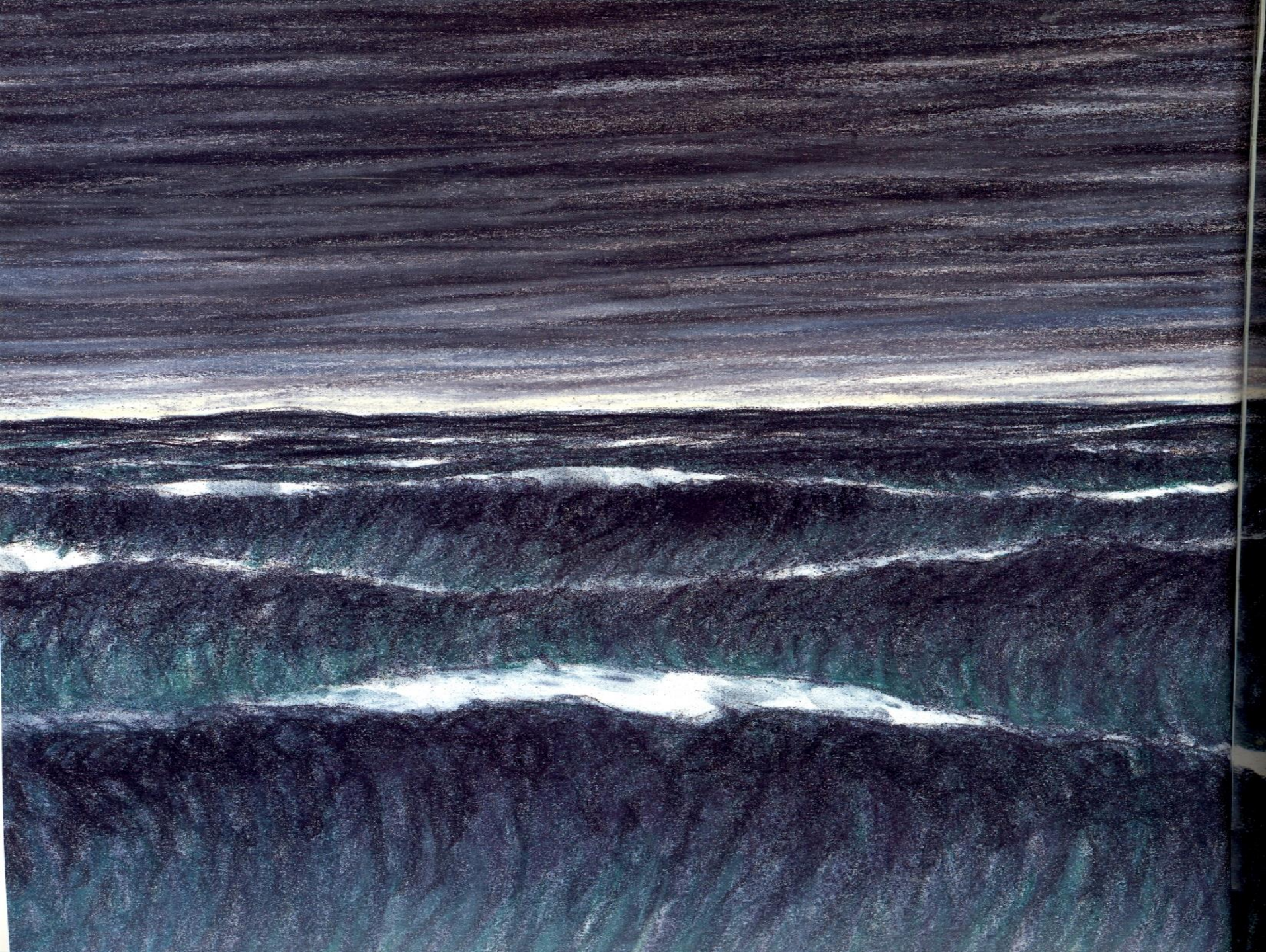


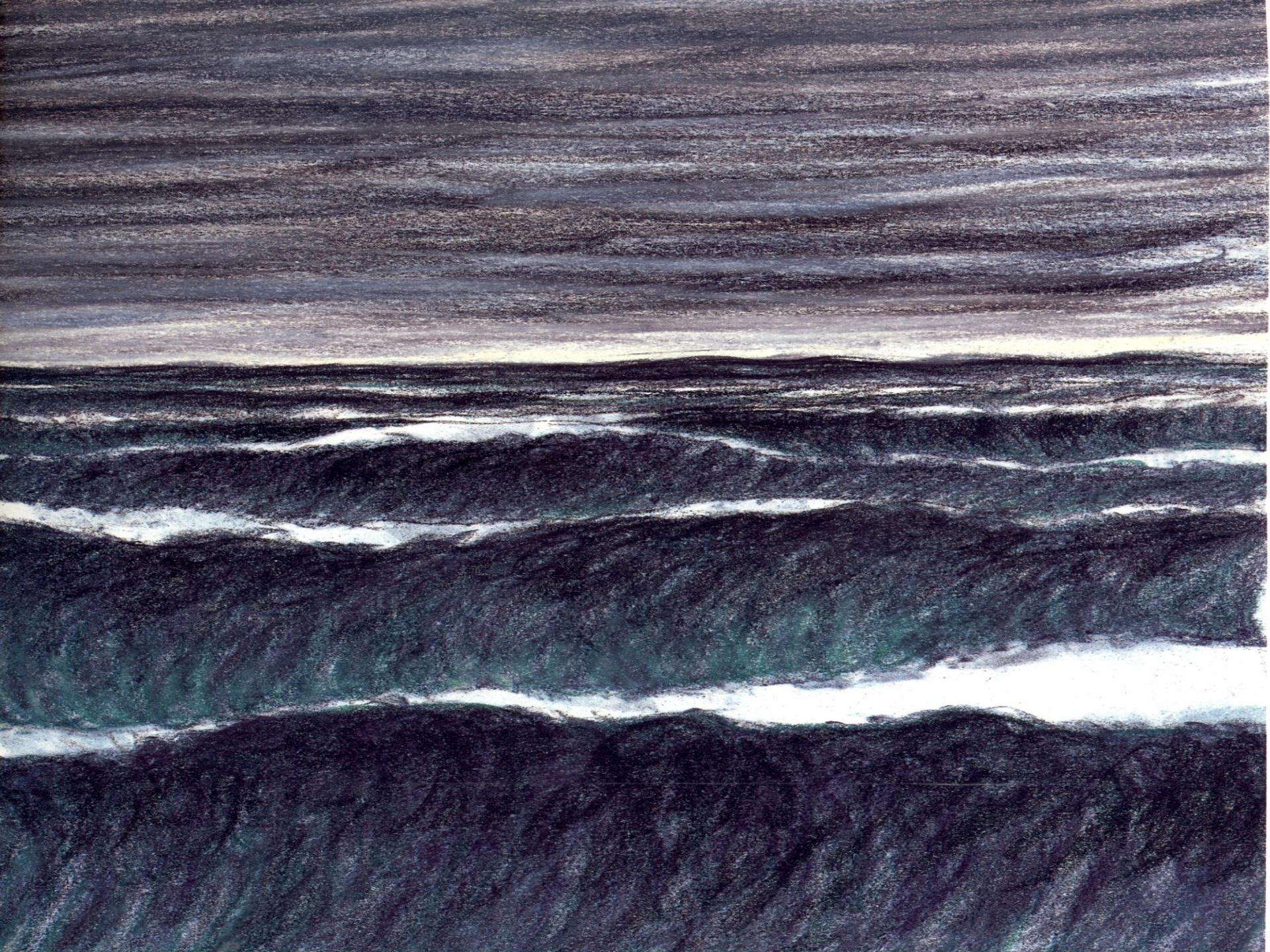


Lo miraron fijamente y se sorprendieron.
Se preguntaron por qué habría venido hasta allí.
Qué buscaba allí. Qué deberían hacer.
Uno dijo que lo mejor sería enviarlo inmediatamente
de vuelta al lugar de donde había venido.
"Y, en realidad", dijeron, "esto no le va a gustar.
Tan lejos de su propia gente".



Pero el pescador sabía
lo que sucedía en alta mar.
"Sería su muerte y yo no quiero
tenerla sobre mi conciencia", dijo.
"Tenemos que acogerlo".







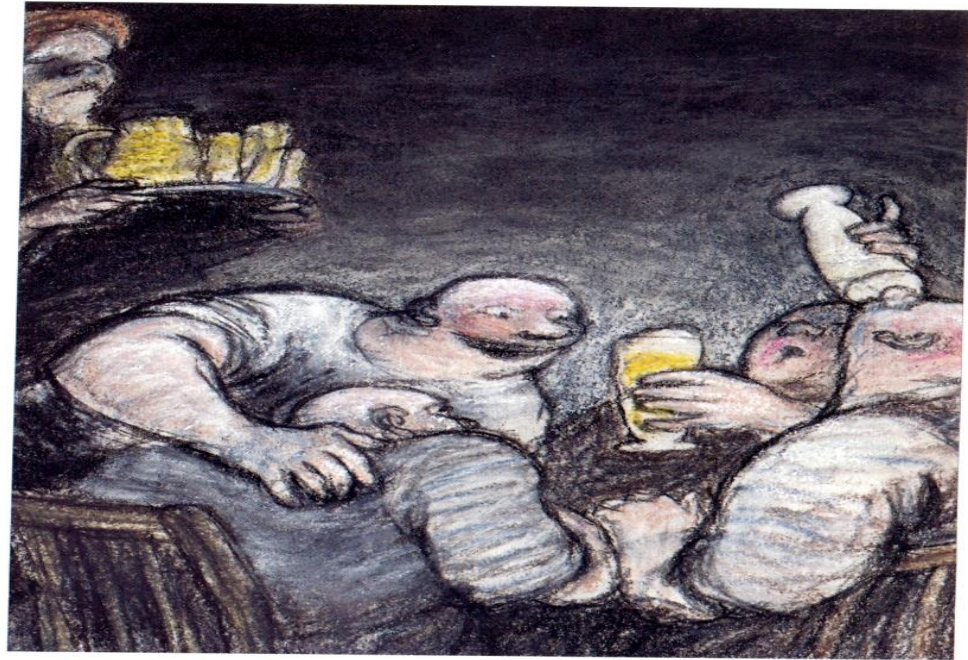
Así que lo acogieron.



Lo llevaron a un establo de cabras, que hacía tiempo estaba vacío, al extremo deshabitado de la Isla. Allí debía quedarse, le dieron a entender y señalaron hacia la paja en una esquina. Allí podría dormir.



Después cerraron la puerta del establo con clavos
y regresaron a su casa, a su vida de siempre.



Pero un día, el hombre se presentó en la localidad.





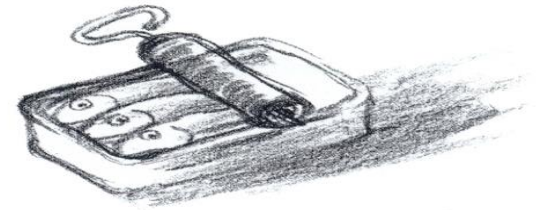


Se levantó un tumulto. Los hombres lo agarraron y le gritaron. Él les dio a entender que estaba hambriento, que llevaba días sin comer y si ellos, quizá, no le podrían dar algo de comida.

“Tiene razón”, dijo el pescador, “no se le puede dejar abandonado sencillamente a su suerte, ahora que está con nosotros. Tenemos que ayudarlo”.

Eso asustó a los habitantes de la Isla.

“Pero no podemos mantener a cualquiera que llegue hasta nosotros”, se indignó el tendero, “porque nosotros mismos terminaríamos pasando hambre”.



El pescador propuso que alguien le diera trabajo, para que, así, pudiera ganarse su sustento.

“Y, además”, dijo en voz baja, “podrías pagarle menos que a uno de aquí”.

¿No le vendría bien al tabernero tener ayuda en la cocina?

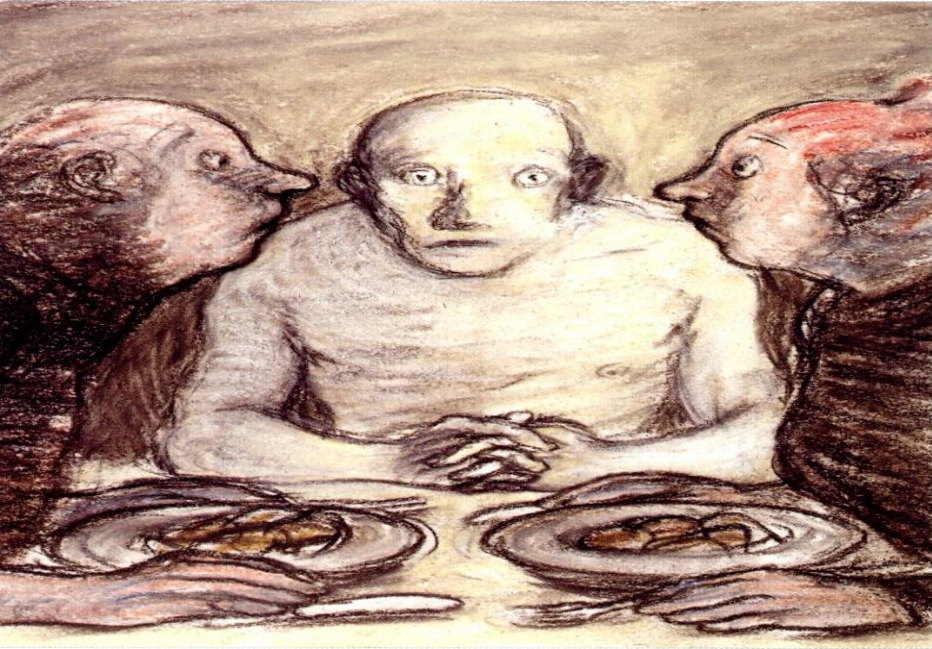
“Si lo metiera en la cocina, nadie volvería a comer en mi cantina”, refunfuñó el tabernero. “Dale tú mismo trabajo”.

Pero en la barca del pescador, sólo había sitio para uno.

El carpintero se acordó de lo mal que estaba hecha la balsa. Seguro que no tenía ni idea de cómo se manejaba un martillo.



Finalmente, el propietario de la fonda estuvo dispuesto a cederle los restos de comida, que normalmente arrojaba a los cerdos. Después, llevaron al hombre de nuevo al establo de las cabras y reforzaron la puerta con el fin de que, en el futuro, no alterara más el orden público.



Pero ahora el hombre intranquilizaba a la gente. Ellos no le habían pedido que viniera y, aun así, allí estaba. La bondad de los habitantes no había sido el final, sino un comienzo. Lo habían acogido en su Isla y ahora se lo encontraban en sus vidas.



Estaba presente en sus días y también en sus noches, cuando se asustaban al soñar con él. Los hombres corrían la voz sobre una amenaza cuando se hablaba de él. Las mujeres se quedaban en la cocina y advertían a sus hijos de que no se acercaran al establo de las cabras.



Y el maestro habló
solemnemente sobre los
salvajes y sus costumbres.



"Come con las manos",
sabía el mesonero.
"Y come huesos".

“Si no terminas la sopa,
vendrá y te llevará”, advertía
una madre a su hijo.



“Los niños tienen miedo de él”,
informó preocupado el maestro
por la noche en el bar.





"Estoy seguro de que nos mataría a todos si pudiera", dijo el vigilante.



"Extranjero extiende el pánico", decía el periódico con grandes titulares





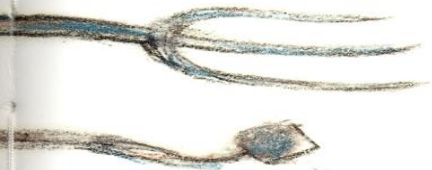
El miedo se extendió.

La situación es preocupante, dijeron algunos. Hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde, exigieron otros. Uno ya lo tiene difícil. No se puede esperar que, además, te tengas que preocupar del bienestar de los de fuera. Entonces, ¡cualquiera podría venir...! Ese hombre no es de aquí. Es un extranjero. Debe irse. Tiene que irse.

Y se pusieron en marcha hacia el establo de las cabras,







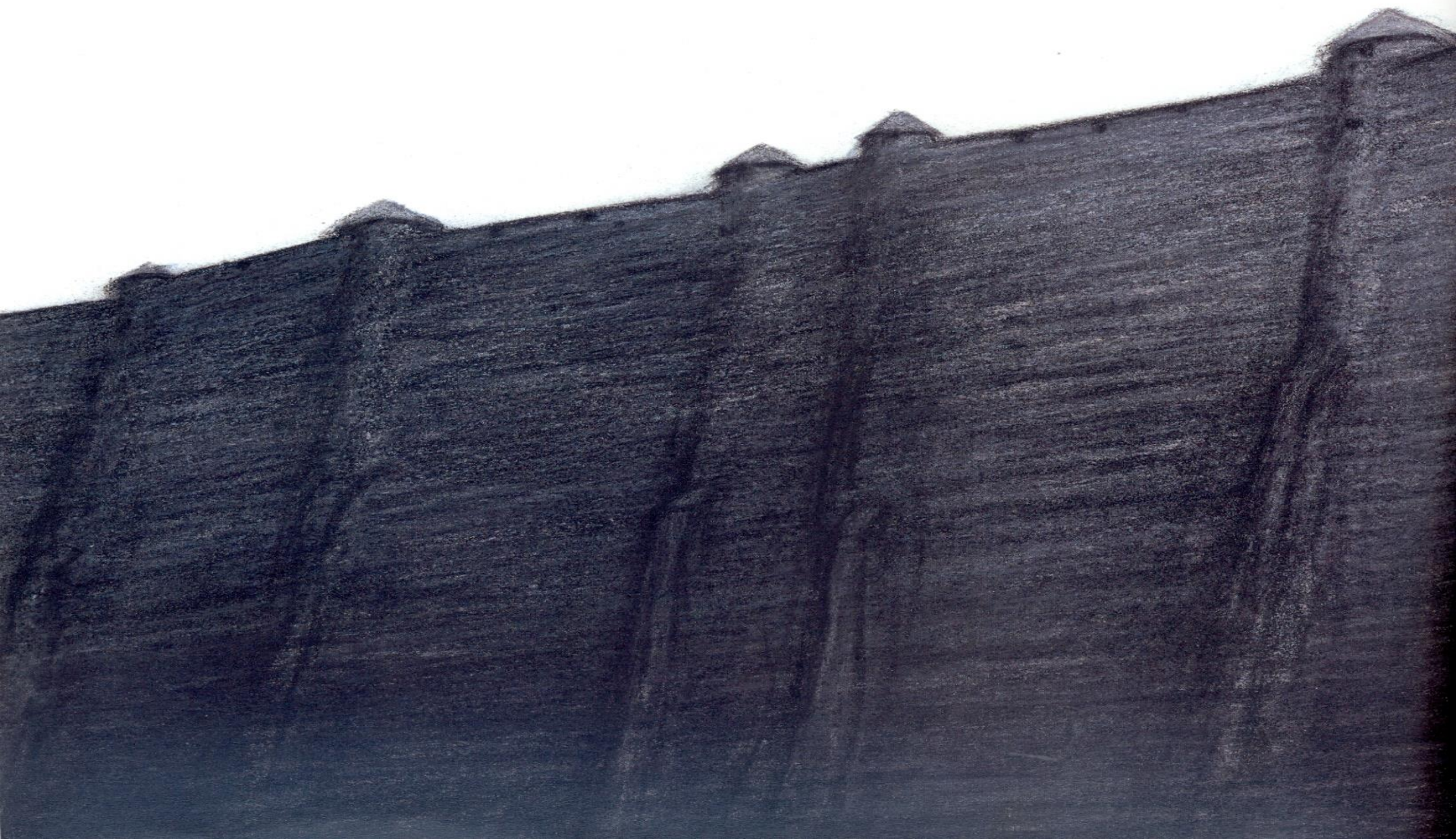
agarraron al hombre,

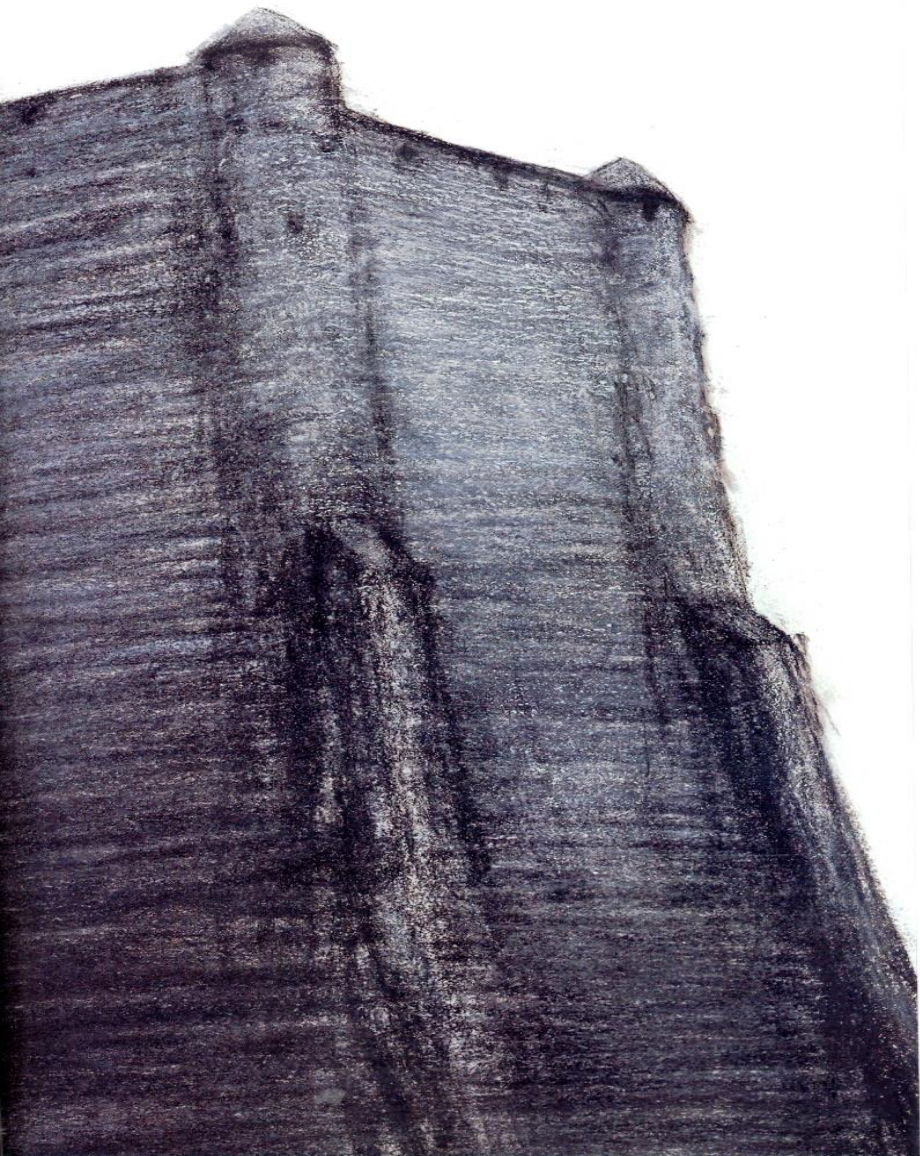


lo llevaron a su
balsa y la empujaron
hacia las olas.









Después prendieron fuego a la barca del pescador, porque él había sido el que les había convencido para que acogieran al hombre.

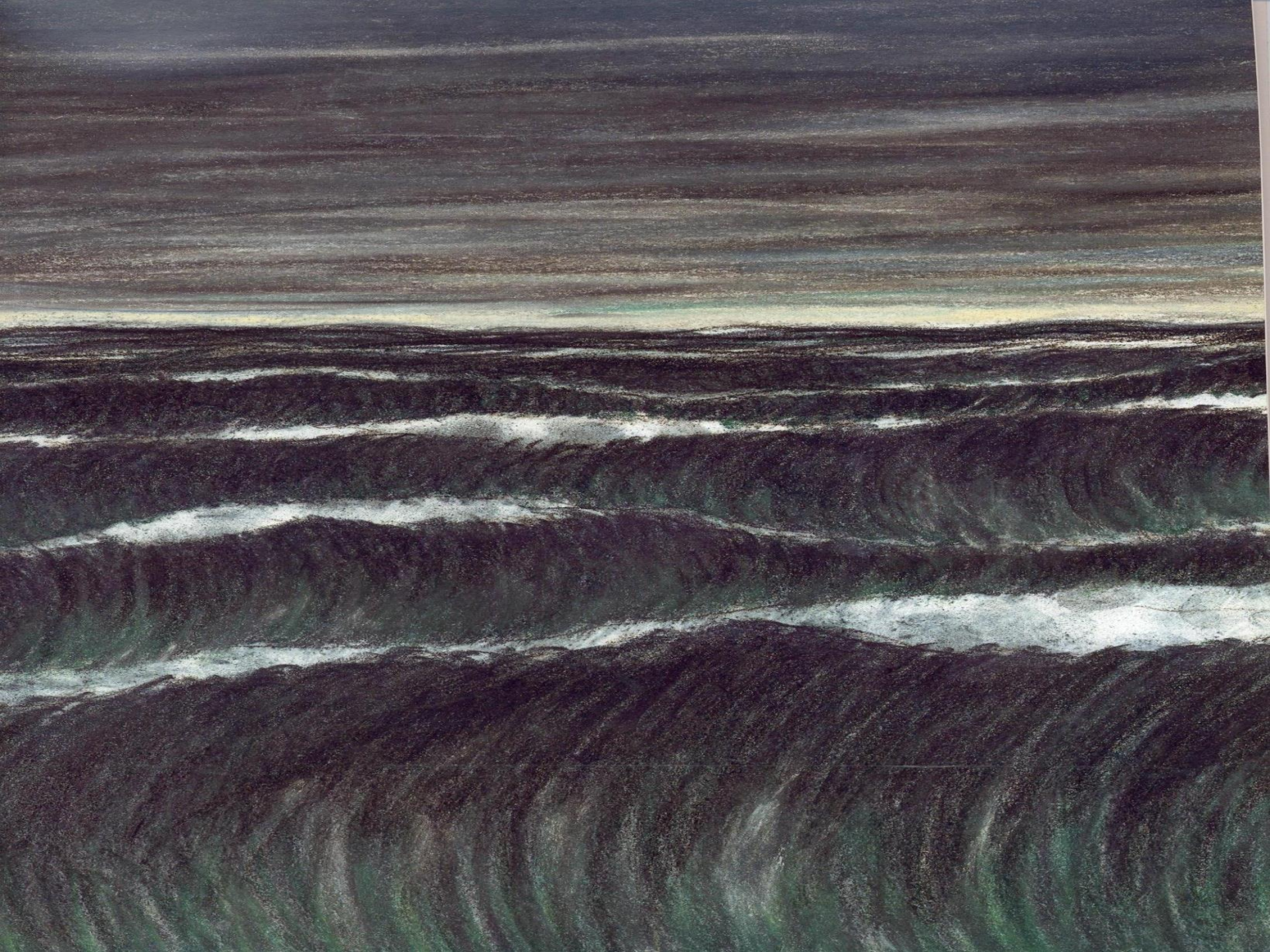
Aunque, ciertamente, algunos pensaban como el pescador, pero los demás hablaban más alto.

Y tampoco querían comer el pescado procedente del mar, que les había traído al extranjero.

Y construyeron una elevada muralla alrededor de toda la Isla, con torres desde las que podían vigilar el mar día y noche. Y mataban a las gaviotas y a los cormoranes que pasaban volando, para que, fuera, nadie supiera que existía su isla.







Una mañana, los habitantes de la isla encontraron a un hombre en la playa, donde la corriente del mar y el destino habían arrastrado su balsa.

Él no era como ellos...

